

UN PERFECTO INÚTIL

Marcelo Vizcaíno



LIBROS DE MENTIRA
EDITORIAL

La presente edición de *Un perfecto inútil* es de carácter promocional y está compuesta por dos de los siete cuentos incluidos en la versión completa del libro.

Si te gustan los relatos que conforman esta muestra, te animamos para que consigas la versión íntegra de *Un perfecto inútil* en www.librosdementira.cl.

Con tu compra estarás apoyando el trabajo del autor y nos permitirás seguir publicando otros libros tan buenos como este.

Editorial Librosdementira



Un perfecto inútil
Marcelo Vizcaíno©
Registro de propiedad intelectual N° 214554

ISBN: 978-956-9136-28-3
Editorial Librosdementira Ltda.®
Santa Isabel 0151, Providencia, Santiago de Chile
contacto@librosdementira.org

Composición y diseño por Librosdementira
Ilustración de cubierta por Virginia Herrera

Primera edición, agosto 2017
Santiago de Chile

* Se permite la reproducción y exposición al público total o parcial de este libro, siempre que no sea con fines comerciales o de lucro y se cite al autor y al sello editorial.

Descubre nuestro catálogo completo en www.librosdementira.cl

UN PERFECTO INÚTIL

Marcelo Vizcaíno



LIBROS DE **MENTIRA**
EDITORIAL

*Para Sabina, que me contaba La tregua cada vez que se
lo pedía*

ARABESCOS ANARANJADOS

Marcia movió uno a uno los juguetes, demorándose a propósito, hasta que dejó vacías las alacenas más altas de la despensa. Cuando terminó de embalar esos plásticos descoloridos que ya no le interesaban a nadie, se sentó y concluyó que no, no quería ir. No le gustaba la casa de la niña Marita, pero la señora había insistido tanto y con un apuro tan sorpresivo que no encontró excusa para quedarse. Terminó yendo a regañadientes, apretujada en el asiento trasero del Jeep, acomodándose entre las cajas de juguetes olvidados y la ventanilla hermética.

—Sí, yo sé que tenías que preparar la dichosa causa con pulpo, pero mis nietas me insistieron en que les llevara los juguetes.

—Sí, señora.

—¡Justo hoy! Porque mañana irán a donarlos a no sé qué institución de san Juan de Lurigancho. Me vas a tener que ayudar a bajarlos, Marcia, ¿ya?

A pesar de llevar la cabeza inmovilizada por el manubrio de un triciclo, con sus ojos muy juntitos, Marcia pudo distinguir en una vidriera, y de refilón, un vestido con arabescos anaranjados.

—Y después acomódenlos con la Érika en la cochera de la Marita y yo, mientras tanto, me la llevo a la tienda nueva en Barranco para que se pruebe unos *tailleurs* que

trajeron de Buenos Aires. ¡Ay, mi pobre Marita! Apenas si logra salir con esas niñitas endemoniadas. ¿Ya? Así puedo aprovechar con ella el rato que las malcriadas están en el colegio.

Fue en un local. En una calle que apenas divisó. Incompleto, leyó un 28 y siguió oyendo en su eterna resignación a la señora Ceci justificar la salida repentina:

—Siempre fue tan indecisa mi Marita linda que, cómo no, justo hoy quiso que la acompañara a elegir qué comprar para el matrimonio del sábado.

La mirada de Marcia iba flanqueada por las veredas del barrio de Miraflores resbalándole por el costado.

—Sí, señora, como usted diga —replicó automáticamente.

En ese mismo instante, Marcia calculó que no alcanzaría a ver la telenovela de las cuatro. Se perdería la cara de Victoria Paz Bascuñán cuando el joven Raúl Salaverry se decidiera por fin a dejarla y anunciarle, ahí seguido, que se casaría con su verdadera enamorada. En su pose inerte, aprisionada en el Jeep y ensimismada en tales pensamientos, Marcia continuaba oyendo a la señora Ceci, pero la voz le sonaba a lo lejos y cada tanto repetía un “sí, señora” para no adormecerse: solo el rostro del protagonista de la telenovela y el vestido de la calle veintiocho se dibujaban en su mente.

La conductora aminó la velocidad hasta frenar y Marcia sintió ganas de pedirle que se fueran prontito, una vez acomodados los juguetes y ya, sin embargo, jamás contradecía a su patrona y nunca decía que no le gustaba venir a lo de la niña Marita, donde también

trabajaba Érika, “otra mocosa arrogante de la sierra”. Esta vez debía aguantarse como las veces anteriores y se convenció de que, si se concentraba en el vestido con arabescos anaranjados, soportaría la telenovela de las cuatro en una casa ajena.

Érika entró a la cochera vestida igual que Marcia. Una frente a la otra parecía como si estuvieran distorsionadas ante un espejo mágico, ambas uniformadas con el mismo guardapolvo gris y llenitas de esas insignificantes puntillas. Mascullaron un saludo monosilábico. La que había llegado, apenas le rozó los ojos con los suyos. La otra, más joven, le sostuvo la mirada por unos segundos. Entonces la madre y la hija huyeron a la tienda y, sin decirse nada, las dos sirvientas bajaron y comenzaron a apilar las cajas con los juguetes.

Cuando estuvo todo acomodado, cuando los juguetes estuvieron ordenados y arrimados, el paso siguiente era simplemente esperar a que las señoras regresaran: “Me quedaré en la cocina y no me moveré”, decidió Marcia. Érika aprovechó el silencio de la casa para levantar la voz:

— Me enteré de una cosa — dijo, pero Marcia la ignoró por completo — . ¿Mmm? Tú no te llamas Marcia. ¡Yo sé cuál es tu verdadero nombre!

Marcia levantó las cejas dibujando un volcán, sus ojos se veían más juntos y su nariz se ensanchó. Un gesto silencioso, mezcla de ignorancia y rabia.

— Tú te llamas... Mar... cia... ¡na! — dijo Érika.

— ¿Y quién te lo dijo? — preguntó con furia.

— Lo escuché en una comida. La niña Marita le contó

a sus invitados que a su mamá Ceci le sonaba más *chic* llamarte Marcia y por eso te lo acortó: para darte más clase.

—Pero para no asustar a las niñas también... —dijo Marcia tímidamente.

—Siempre tan buena tú, Mar... cia... na...

Marcia atinó a encoger los hombros y buscó una excusa para pasar el tiempo ocupada en el borde del delantal, manoseando un tramo de puntilla que requería un zurcido urgente.

*

—¿En qué piensas, Marciana, que hoy estás tan pa'dentro?

—Medio volá ando, pensando en un vestido.

—¿Que te compraste?

—Nooo, qué va... reciencito lo vi en una vitrina mientras veníamos pa'quí.

—¿Dónde, pues?

—No sé... en una calle, algo con veintiocho...

—28 de julio, acá nomás —dijo entusiasmada la joven.

—Sí, puede ser. —Marcia alzó los hombros sin saber qué otra cosa decir.

—¡Vamos a verlo! Debe ser cerca —la animó Érika.

—Tengo que esperar a que la señora Ceci vuelva. ¿Y si no me encuentra aquí? No. No podemos dejar sola la casa de la niña Marita.

—¿Y para qué están las alarmas, pues?

Marcia no lo pensó más y se apuró a escapar de la casa. Algo, una fuerza extraña la alentaba, y respiró aliviada cuando llegó hasta la vereda. Esperó a Érika que demoraba su salida digitando la clave de las alarmas. Entonces Marcia levantó la cabeza y miró alrededor y pensó que le gustaban los árboles de ese barrio por el color amarillo apagado. A esa hora precisa, con esa luz. Érika salió transformada en otra chola, reemplazó su uniforme por ropa *sport*. “¿Y son tuyas, acaso?”, quiso averiguar Marcia. Pero no se atrevió. Por más bien que le quedaran las prendas, con su silencio, entendió que no las había tomado prestadas.

—¿Por acá? ¿Es aquí? ¿Allá? —instigaba Érika caminando ágilmente a la delantera, en una sola línea y por la vereda soleada de 28 de julio. Atrás, Marcia trataba de seguir el ritmo de las zancadas de su colega. Lentamente lograba apurar el paso pendulando su cuerpo como si caminara en su montaña. El resplandor la enceguecía impidiéndole distinguir dónde, en qué tienda había visto el vestido. Se sintió mareada intentando adivinar cuál era la *boutique* entre las que se sucedían. Se detuvo un momento. Achicó más los ojos y con su mano de visera avistó la figura relampagueante de Érika. Observó a su guía y se sorprendió por cómo había aprendido a mover el culo en los pocos meses que llevaba trabajando para la niña Marita. “Debió ser imitando a las ricachonas del barrio”, se dijo. Y a ella ¡cuánto le costaba salir! Su físico se había acostumbrado a moverse solo en la casa de la señora Ceci. Decía que se le resentía la osamenta cuando

se alejaba de su pequeño escenario, porque ella estaba solamente para la cocina y todo lo demás eran “favores que una regala” y ojalá que nunca ocurran a la hora de la telenovela de la siesta.

A las siete cuabras se paró ante la vidriera. Clavó la vista azorada y el mareo desapareció de golpe. Ahí estaba. Hermoso. El vestido. Marcia fue acercándose, segura, ahora sí, de que no había sido el corte lo que había atrapado su atención desde el Jeep. Viendo su propia sonrisa en el vidrio hasta achatar su nariz, lo descubrió: ¡Los arabescos anaranjados! Instantáneamente sintió una brisa que avivó su pasado. Se imbuyó en las curvas irregulares del estampado y revivió las tareas escolares en el pueblo. Su paisaje montañoso sobrepuesto a su lápiz preferido —el del color de las naranjas— y se dejó llevar por esas líneas ondulantes, psicodélicas, igualitas a las que ella trazaba en el tercer grado, bajo el cariñoso apoyo de Específico Sánchez, maestro sin ningún honor. Recordó que aquellos dibujos fueron los últimos, porque no volvió a necesitar nunca más el cuaderno, tampoco tuvo que volver a la escuela. Hubo que salir a trabajar en la siembra. Ahí bastaba con saber sumar y algo de lectura. Ella había atesorado aquel cuaderno y lo evocó con tristeza. Sintió el impulso de salir corriendo e ir a buscarlo, pero Érika interrumpió sus recuerdos:

—Te gusta mucho, ¿no?

Marcia se alejó del vidrio y, como era su costumbre, encogió otra vez los hombros. Giró sobre sus pies cansados y enfrentó muda a la jovencita agachando su cabeza. Érika notó la espalda de Marcia reflejada en la

vidriera rebasando por mucho los contornos del maniquí. Pero no importaba.

– Voy a preguntar por tu talla. Si tienen, te lo compraré
– fanfarroneó Érika.

– ¡Ni modo! Debe ser muy caro y no tienes por qué meterme en una vaina semejante.

– ¿Acaso no te gusta?

– Ya, pero ¿y eso qué?

– Tú sabes. Voy a entrar y no te quedas aquí afuera que no eres mi mascota.

Sin escapatoria, Marcia aceptó. Sería su vestido. Todo el significado que de ese estampado se desprendía era demasiado valioso para negarse a tenerlo y de inmediato tuvo la sospecha de que, pasando el umbral de la tienda, lo que continuaría más tarde no iba a acabar bien.

Desde la sorprendente audacia de Érika frente a la fina vendedora que buscó una talla afín, hasta el pago con una tarjeta de crédito “vaya a saber una de quién sea”, Marcia se sintió incómoda, pero protegida por la joven. Olvidó por un momento su pequeño mundo de cacerolas, horno y fregadero. Sin cuotas, dijo Érika. Entonces Marcia experimentó dichosa la satisfacción de merecer esa prenda, a pesar de ser quizá cómplice de un delito. Y de repente, consciente de todo, un escalofrío le recorrió la nuca y delató la culpa. Supo que no saldría triunfal de esta aventura. Tomó la bolsa de papel y la aferró a su cuerpo instigando a su colega a retornar cuanto antes a la casa de Marita.

– Ahora sí, Marciana – dijo Érika lento al ritmo de sus pasos –: Cuando tienes tu premio, eres la apurada. Pues

déjame que vuelva a la casa sin sudarme, que la señora de la tienda puede sospechar y nos manda a las dos ya sabes pa'dónde.

— La patrona Ceci con la Marita regresarán pronto. ¡Deberíamos apurarnos, pues! — presionó agitada.

— Relájate. Y no malogres la bolsa que te puede servir para tus paseos de domingo.

— Yo no tengo adónde ir los fines de semana — zanjó Marcia sin mirar a Érika.

— Vas a terminar convenciéndome de que eres marciana...

El regreso fue excitante. Encabezando, Marcia apretaba contra su pecho el vestido envuelto pensando en cómo eludir la deuda adquirida con Érika. Provocadora, Érika caminaba detrás con frialdad y en silencio, omitiendo las fachadas de Miraflores que parecían rendirle pleitesía en cada tranco.

El resplandor de las veredas perdió fuerza y, al desvanecerse de brillo, pareció acortar el camino de vuelta. Sin poder mirarla a los ojos desde que había comenzado la fechoría, ya se encontraban frente a la entrada de la casa y Marcia ansió que Érika desactivara la alarma lo más rápido posible. Al oír el último clic, la dueña del vestido arremetió por el pasillo hasta el baño de servicio, orientándose por los zócalos: una rata de laboratorio que busca un escape. Se encerró con llave y por fin pudo probárselo.

Lo encontró corto y advirtió que los arabescos se deformaban en su silueta regordeta, pero así y todo, al fijarse en el minúsculo espejo trizado del baño, su ceño

dibujó un arco de satisfacción. A su juicio, el vestido seguía siendo precioso, pese a lo distinto que lucía en el lánguido maniquí.

—¿Y cómo te sienta? —preguntó Érika acercándose a la puerta, insistiendo en escuchar algún suspiro del otro lado y reteniendo las ansias por golpear.

No hubo respuesta inmediata. Marcia continuaba embobada frente al espejo posando de distintas maneras y posponiendo pensar en una escapatoria. Segundos después, gritó enérgicamente:

—¡La telenovela, Érika! ¡No debe haber terminado! ¡Corre a prender el televisor, pues!

Marcia aguardó callada, apoyando su espalda en la puerta para que no hubiese forma de que se abriera. Sentía la suavidad relajante del algodón del vestido. Se quedó así hasta que escuchó el sonido metálico del televisor: Raúl Salaverry discutía con Victoria Paz Bascuñán. “Ya le debe haber confesado que no la quiere”, aventuró emocionada. Recién ahí se atrevió a salir. No esperó la aprobación de Érika y acomodó una silla a su lado. Se sentía vestida para la ocasión, convertida en una elegante testigo de la más ansiada ruptura amorosa de la pantalla chica, aunque estuviese viéndola a oscuras en una pieza de servicio doméstico en Miraflores.

Marcia miraba obnubilada el gritoneado altercado entre los personajes, forzándose a pensar que las manos que comenzaban a acariciarla deformándole todavía más los arabescos eran las de Raúl Salaverry. No las de Érika.

Permaneció quieta, concentrada en la disputa televisiva, intentando negar o definitivamente entregándose

a la escena real en la que le tocaba participar. Cuando comenzaron los comerciales cerró los ojos y se obligó a abrir la boca para recibir los labios que deseó fuesen de un hombre. Guapo. Un sabor a caída al vacío impregnó su paladar y tragó saliva hasta que el chirrido de las ruedas del Jeep entrando al garaje terminó con el beso. Érika se sobresaltó, de inmediato se acomodó el uniforme y huyó de la pieza para recibir a la señora Ceci y Marita que volvían con la ropa para el matrimonio. Marcia quedó desplomada frente al televisor, con sus ojos muy juntitos, ante el inmóvil anuncio que titilaba *continuará*.

MÚSICA CLÁSICA

Es temprano, alrededor de las nueve de la mañana, y Carlos ha perdido todo atisbo de gestualidad. Borradas las huellas, su cara permanece incólume mucho antes de atravesar las puertas del pabellón 26. Luego de marcar su tarjeta, cualquier expresión se ha esfumado y parece canalizarla solo a través del movimiento de sus manos. Fuertes, grandes y rudas: son su conexión con el mundo. Un malabarista con los productos y útiles de aseo, condición que lo convierte en un empleado infatigable. Sus pies son ligeros y lo ayudan a merodear, casi siempre de manera imperceptible.

Nadie sabe mucho de él, dónde vive, con quién o qué le gusta comer. Un dato medio difuso lo identifica como el único del pabellón que por más de dieciséis años ha atendido a los diabéticos del Hospital del Salvador en Providencia, desde que llegó de algún lugar del norte. Nadie sabe tampoco muy bien de cuál. Nunca se lo contó a nadie. Pero debe ser cierto, a juzgar por el acento un poco cantado que se le escapa en sus frases secas. Cuando las hay.

*

Durante la tarde, cuando irremediablemente la luz comenzaba a apagarse, a desaparecer en un suspiro dando

paso a la noche, la Michi se encendió. Enchufó una rudimentaria conexión de tres ampolletas (lo suyo no es la electricidad) justo por encima del espejo, un poco grande para la pieza, pero suficiente para dar la sensación de otro ambiente, especialmente a esa hora cuando empezaba a maquillarse. Una radio destartada, también dudosamente enchufada, pasaba cumbias intercalando noticias que ella no oyó. Todos sus sentidos se concentraban en el reflejo de su rostro, comenzando con una base mucho más clara que su tono de piel, hasta culminar con el peinado, no sin antes haber iniciado esa diaria y especial ceremonia: ponerse los guantes negros hasta el codo.

*

Nisiquiera la llegada de un nuevo interno al pabellón logró perturbar el rostro de Carlos. Se enteró por casualidad. Justo en el momento en que pasaba por la recepción, después de cruzar el pabellón de Traumatología, empujando una silla de ruedas que llevaba perdida varias semanas. Distinguió a un señor mayor que esperaba sentado en la galería oriente, agarrando sin disimulo y con las dos manos el bastón blanco. Silencioso, Carlos se detuvo junto a él mirando hacia el interior de la oficina donde una mujer adulta, posiblemente su hermana (su mujer, de ninguna de manera), llenaba el formulario de internación a tuestas, sin descuidar una maleta pegada a su pierna y apoyada en el suelo. La secretaria en la recepción, absorta en un mensaje en su celular, no se percató de que Carlos las espiaba.

*

Apretó el cinturón, se calzó los tacones y bamboleó los tobillos preparando los pies para emprender su travesía. Cerró la puerta de la pieza con candado, asegurándose de llevar todo en la carterita, e inmediatamente tironeó con fuerza la correa que surcó llamativamente sus pechugas falsas rellenas de goma espuma. Hasta la salida de la pensión la Michi ensayó el meneo de las caderas, que mantendría constante lo que duraría esa noche paseada por la ex calle San Camilo.

*

Carlos volvió a su pabellón para preparar una de las cuatro camas vacantes. El arribo del nuevo interno lo obligó a moverse sigiloso entre los pacientes que, aun en la oscuridad que les había provocado la diabetes, siempre acertaban en su callada presencia adivinando su movediza figura. De aquí para allá, mientras ellos permanecían sentados, inmóviles, él desocupaba el destartalado ropero correspondiente a la cama 112. Tendió las sábanas raídas, obviando lo amarillento que, de seguro, el nuevo paciente no notaría ni menos le afectaría. Los ciegos, en su mayoría también sordos, apostaban que quien provocaba los ruidos debía ser el supervisor de turno o ¿será que esta vez nos visitará el mismo alcalde?, ironizaban desde su adormecimiento.

Carlos no respondía, absorto en sus quehaceres de orden y limpieza. Su dedicación por el aseo en su

territorio lo mantenía seguro en su trabajo sea quien fuera la autoridad del momento. Una labor mecánica, exacta y repetible que podría efectuar hasta con los ojos cerrados. Piensa que su labor es un privilegio, que se lo ganó. También lo remueven los desvalidos a quienes atiende. Siente, a su modo, que salda una deuda.

*

La dormitada de la Michi, una siesta súbita en horarios alternados, la ayudó a recorrer toda la noche San Camilo de ida y vuelta, y de nuevo, de ida y de regreso. Dos veredas atestadas de compañeras que, en ilusoria vitrina, se ofrecían al mejor postor. Ya las conoce a casi todas. De vista, eso sí. De nombre solo a Samantha, a la Yocelin y a la Scarlet, que son ya mayores y no caminan tanto. Últimamente ha descubierto muchas cabras chicas que se pasean a la par de ella, pero a la Michi no le importa, su desfilarse no pretende competir ni juntar pesos, tampoco placer sexual, sino que guarda otros fines. Camina y menea las caderas, menea y camina.

Camina esperando algo.

A alguien.

*

Más o menos media hora antes de marcar su tarjeta de salida, Carlos ya tenía superada la faena del día. Los pisos estaban brillantes. De los pocos muebles, sus cubiertas ya fueron despojadas del polvillo que deja el esmog santiaguino y los vidrios han quedado relucientes.

Y como un disparo a quemarropa, a esas alturas ya contaba con una respuesta precisa justo cuando uno de los internos preguntó al voleo:

—¿Qué tiene preparado para hoy, Carlitos?

Entonces el hombre rompió su silencio anunciando un título, una melodía que obstinadamente se negaba a repetir más de tres veces en el año. Luego apretó *play* en el equipo JVC. Mahler, Brahms, Wagner y otros de la misma magnitud inundaron el pabellón 26. Brindarles ese pequeño concierto antes de dejarlos solos por ese día era su deber culposo. Mientras los ciegos acusaban una postura estatuaría subyugados por la pieza elegida, el volumen exagerado ocultaba el trazado sigiloso de Carlos por entre las camas. Y no solo sus pies se tornaban inmatrimoniales tras la música clásica, pues sus rudas manos se encomendaban, también ligerísimas, a revisar y a sustraer todo el cachureo que los pacientes escondían en sitios insospechados. Cucharas desechables, alicates, fósforos, billetes de mil y dos mil pesos, limas para uñas, monedas, pilas. Y especialmente el equipaje del recién llegado que, ya presentado a todos, se sentó a los pies de su cama a escuchar el concierto y despertó en Carlos unas ansias tremendas por saquear su maleta.

*

Ante un cambio de luces insistente, Michi distinguió a su próximo cliente. Luego solo le bastó recitar sus servicios y tarifas apoyada en la ventana del auto y esperar a que le abrieran la puerta en señal de que el trato estaba hecho. La Michi solo acepta sexo al interior

del auto. Por ese motivo muchas veces reduce la cifra. Ya conoce algunos estacionamientos sombreados donde ir para ocultar el acto pecaminoso del sujeto que paga, que reclina el asiento, baja su cierre y plácidamente espera una eyaculación rápida.

Como costumbre, las caricias de la Michi relajan al conductor de manera mágica. Y mientras lo masturba, cuidadosamente abre la guantera. Siempre fuerza un falso quejido de placer y, mientras tanto, registra el interior de la cajuela sin mirar, tanteando las cajas de CD. Luego acelera la fricción de sus manos enguantadas en el pene de su feligrés y va guardando lo que encuentra en su carterita que siempre ha estado abierta. Su boca disimuladamente ha permanecido cerrada para no tragarse nada, también para no romper la magia de su ilusoria feminidad. En pocos minutos acaba su labor y acomoda su peluca cuando el auto se pierde en la noche. Mete la mano a la carterita. Ni siquiera cuenta los billetes. Palpa tres, cuatro, hasta cinco CD y siente que son suficientes.

*

Los domingos, por lo general, toma el bus de un cuarto para las nueve rumbo a Valparaíso. En el terminal, con su bolso de mezclilla, suele realizar el mismo trayecto hasta el mismo recodo en la feria de cachureos de la avenida Argentina. Despliega su colcha desteñida, alguna vez color rubí, y comienza a exhibir cucharas desechables, alicates, cajas de fósforos, limas para uñas, las pilas

y los CD, muchos CD. Una vez acomodado todo en exhibición, se relaja largo rato por única vez en la semana y comienza a disfrutar su día libre reposando y viendo pasar un gentío anónimo. Espera escuchar ofertas. Con el tumulto, se hace imposible distinguir si es Carlos o la Michi, como se la conoce en San Camilo. La gente que deambula frente a su silueta ambigua lee en el suelo un cartel posado entre los objetos: *Se cambian CD de música clásica*. Algunos se sorprenden un poco. Un poco nada más. Por los guantes negros que le cubren hasta el codo.

ÍNDICE

MUSICA CLÁSICA	9
ARABESCOS ANARANJADOS	19
UN PERFECTO INÚTIL	31
REGLA DE TRES SIMPLE	49
LECCIÓN DE TEJIDO	61
PENTIMENTO	69
LA BOUTIQUE DEL AYER	81

